

ANTOLOGÍA

Literatura gay en Cuba (¿Por qué llora Leslie Caron?)

Damaris Calderón

Quizás todo hombre debería por comenzar a aplicarse a aquel oráculo apolíneo de "conócete a ti mismo"; para llegar a sus insondables abismos y reconocer en él (también) al Otro sepultado que en sí lleva. Por desconocimiento de sí mismo, el hombre ha terminado (o comenzado, los ejemplos desde la historia más remota así lo demuestran) por rechazar y temer al Otro (lo Otro), lo desemejante a él. En una tribu o comunidad lingüística, *el bárbaro* es el Otro, el que no habla su propia lengua ni tiene sus mismas costumbres. Este rechazo sustentado en la intolerancia hacia lo diferente (la diferencia) ha dado origen al racismo, a la quema inquisitorial, al fascismo, a la xenofobia y a la homofobia. En nombre de salvaguardar valores espirituales y morales (los que cada comunidad dominante representa), se ha llegado (o intentado) amputar lo Otro como una mala semilla que no debe proliferar dentro de una sociedad compacta, homogénea, donde todos los animales son iguales entre sí.

La literatura gay (o de temática gay, para ser más exactos), comienza a publicarse en Cuba a partir de 1990, cuando el cuento de Senel Paz "El Lobo, el bosque y el hombre nuevo", obtiene ese año el Premio Juan Rufo, auspiciado por Radio Francia Internacional. Luego será tomado como guión para la película de Tomás Gutiérrez Alea *Fresa y Chocolate*, que se proyecta a escenarios mundiales, y válida, dentro de la Isla, la recreación de un tema hasta entonces tabú. (Con anterioridad esta problemática había sido abordada, pero inmediatamente censurada, en autores como Lina de Feria, Antón Arrufat y Calvert Casey, por sólo mencionar algunos). Están además, dentro de la Isla, las obras de Lezama Lima y de Virgilio Piñera; producidas fundamentalmente "desde afuera", las de Severo Sarduy y Reynaldo Arenas.

Es a inicios de los '90 pues que comienza a aparecer un vasto corpus donde lo gay y lo lesbico abarcan tanto la literatura como la plástica, el teatro y otras manifestaciones.

Los textos aquí recogidos, pertenecientes a 14 autores, no tienen la pretensión de una "Antología", sino más bien de una "muestra" de este corpus escritural desde diversas aristas. He preferido hacerme de una selección de textos que puedan mostrar un variado registro, desde la asunción lírica del tema en poemas como "Rosa camina por La Habana con una foto de Evangelina", de María Elena Hernández; "La esperma sagrada", de Antón Arrufat; o el tono casi clásico de Odette Alonso, al desgarrar por la exclusión sexual (y social), con la inevitable réplica a una doble moral en textos como "la Enfermedad", de Alberto Acosta-Pérez, donde "todo se mantuvo en secreto" (...) "de esas sutiles hazañas no hablan los periódicos"; "Tan cerca del siglo XXI", de Abilio

Estévez, donde el abrazo intemporal de los amantes debe ser silenciado y ocultado a causa de los prejuicios, la "1ra declaración del amante vivo", de Lina de Feria, la agresividad desprotegida de textos como "Legítima defensa" y "Ah, la trascendencia", de Pedro Jesús Lope-Acosta; el muchacho amargo "vestido de novia", de Norge Espinosa, pasando por la recreación clásica de un soneto, leyendo a Gonzalo de Berceo, de Francisco Morán, hasta la promiscuidad tropical donde en el cine Payret "Peter O' Toole contempla a los reclutas cubanos y palpa sus falos precio barato", en el poema de Jesús Jambrina.

De entre la selección aparecen también una "Piazza Morgana", de Calvert Casey, el cuento de Roberto Urías "¿Por qué llora Leslie Caron", donde, a través de lo sexual, se patentiza el conflicto individuo/sociedad ya que mientras el Instituto Meteorológico predice un día socialmente soleado, el personaje gay ha amanecido "lluvioso, invernal", hasta llegar al brutal relato "De nalgas al fondo", de Miguel Angel Fraga, tallerista y paciente él mismo de un sidario de La Habana.

Elocuentes por sí mismos, los textos aquí reunidos creo que no necesitan de otra presentación que la fuerza que poseen. Oscilando entre la búsqueda feroz de la belleza y el sentimiento de que "la vida es una cabrona, descojonante", vuelven ahora con este lenguaje, "los cuerpos que la tradición quiso prohibidos"¹, y que reaparecerán alguna vez no ya con el dolor y el estigma de la exclusión, sino con naturalidad, pletóricos de la pureza de que los han intentado despojar, repitiendo para sí mismos la frase de Santo Tomás de Aquino: "Ve lengua, y canta las glorias del cuerpo misterioso".

a Salvador Redonet, ángel de la jiribilla
a Reynaldo Arenas y Severo Sarduy
in memoriam.

Alberto Acosta-Pérez: La Habana, 1957. Ha publicado *Como el cristal quemado* (1988), *El ángel y la memoria* (Premio Gerardo Diego, España) y *¡Éramos tan puros!*

La enfermedad

se ha roto el cuenco de sustancias amargas
en el pecho relampaguearon las hélices
cada una transmite un mensaje
el cuerpo está llamando vengándose del fuego que lo alimentó
de espaldas sigue leyendo para él
y le mira a la cara con devoción
están ellos dos solos
y el éxtasis asciende y emerge por la cresta del ocaso
están colgados del cielo y brillan con rayos ultravioletas
eran dos semidioses trabados encadenados
que vaciaban sus cuerpos y los rellenaban con bolas de oro
para hundirse en el punto que fija la memoria
bajaron volando del cielo y recibieron al ángel lascivo en su boca
ardiendo siempre
están hambrientos perpetuamente hambrientos

con hierbas brotándoles ya por los oídos
y a través de la pelvis dorada
otra vez la aceitada máquina funcionó por sí sola
no fue la historia de las tres gotas de sangre sobre la nieve
al final fumigaron la habitación aquella misma noche
y todo se mantuvo en secreto
mientras en sus jaulas recalentadas
aún languidecen otros ángeles de emergencia
¡pero de esas sutiles hazañas no hablan los periódicos!

Para Julio Carrillo

En las aceras de los hoteles
flores nocturnas hunden sus raíces en latas de cerveza
los cuerpos se exhiben en la acera
se ofrecen en las puertas
se regalan en los lavabos
se arrodillan en las escaleras
se mueren en los ascensores
se abren en las suites
esa carne adormecida lo soporta todo
mordidas empujones caricias el vacío
son ágatas negras
pero ya nada les queda por dar
sólo hazañas eróticas sobre el mármol amarillo
ocupan su lugar entre los ángeles de cuatro alas
se cubren con la púrpura de Alejandría.
perdonadme
quise escribir acerca de mi amor
de su carne maravillosa
de sus labios entrecruzados en una seña inconfundible
mi amor que se hundió sin sangre en un hotel exclusivo
y se apagó turbado

yo no siento vergüenza al decirlo
no digo que fue un sueño.

Abilio Estévez: La Habana, 1954. Poeta, narrador y dramaturgo. Ha publicado, entre otras: *Juegos con Gloria* (cuentos), *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea* (teatro) y *Manual de las tentaciones*, Letras Cubanas.

Tan cerca del siglo XXI

Como ha ocurrido desde siempre, también nosotros debemos esperar la noche y la ceremonia del sueño y del silencio. Debemos ocultarnos –que no nos vean, que no nos oigan– aunque estemos a finales del siglo XX y el siglo próximo amenace con transformarnos en la sociedad más avanzada de las que pueblan el Universo. Esta es la noche de todas las épocas. Entro oculto en tu casa y desciendo hasta el cuarto. Lo he cumplido como cualquier amante de Cnosos. En la calle han quedado los prejuicios, y al confundirme contigo me siento limpio y fuera del tiempo. Estás ahí y yo

despierto. Tan cerca del siglo XXI me conmueve tu hermosura y te abrazo y tengo miedo. El silencio de la casa es una civilización que se asoma a la ventana. Nada es distinto en nuestro beso: es el mismo, sencillo y perdurable, del primer hombre que pudo descubrir los labios. Nos desnudamos y estamos en Alejandría o en La Habana. Acaricio tu pecho, recorro con mi boca tus muslos, y alcanzo el gozo de los jóvenes de Umbría. Nada nos diferencia: cuando vamos a unirnos es posible comprobar que el tiempo no ha transcurrido. Ahora conozco el deleite del artista al cincelar el torso, la pelvis y los brazos de su Hermes. El placer eres tú y soy yo, que pertenecemos a todas las épocas, y si me acaricias es el presente, pero también el pasado y el futuro y no puede haber nada condenable. Uno en otro, uno sobre otro en la sábana blanquísima, nos convertimos en la pareja rescatada de la muerte. La eternidad también ha descendido a este sótano húmedo y oscuro.

María Elena Hernández: La Habana, 1967. Ha publicado *Donde se dice que el mundo es un esfera que Dios hace bailar sobre un pingüino ebrio*, Premio David de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y *Elogio de la sal*, Editorial Cuarto Propio, Chile.

Rosa camina por La Habana con un retrato de Evangelina

Camino por las calles de La Habana.
Mi habitación es muy pequeña, Evangelina.
Tan pequeña que no cabe en tus sueños de diosa.
Pero tú sonríes alejada de todos.
Te abandonas y es tu éxtasis algo prohibido
Sólo quieres que algún día aprenda a desvestirme.
Un pudor que heredé de lejanas conversaciones
me impide caer ahora en mis brazos.
Pero tú levantas los tuyos
y el pelo cae suelto sobre la espalda.
(Tienes los hombros más perfectos que he visto).
Detrás creo que se ve el mar.
Y un sol sumergido y redondo.
Hasta eso tienes en tu habitación pequeña, Evangelina.
Y hay bosques y pájaros para que yo aprenda a desvestirme.

Ahora que estoy sola,
que camino por las calles de La Habana,
en el polvo de los andenes
y en los cines te busco.
Y en el rostro envejecido de alguna
que por mi lado pasa.

Teresa Melo: Santiago de Cuba, 1961. Aparece incluida en diversas antologías como *Una voz en La Habana*. Ha publicado el *Libro de Estefanía* y tiene inédito *El vino del error*.

Cuadernos del mal amor

Eran dos y se tomaban las manos delante de mí
no tengo a nadie para perdonar
si al fin el sueño también era mío
sin remedio pero no me pertenecía.
Yo era la tercera voz y no podía decir
no apagues la luz *para mayor oscuridad*.
Eran dos y yo las confundía y supongo que fui más limpia entonces
se hacía irreal lo que pasaba afuera
un asesino un auto azul una subvida
estos años de menos
porque dentro eran dos y no importaba.
Eran dos y nunca se abrazaron delante de mí
pero me abrazaron.
Aquí no hay razones
todo sucede así como cantando
arrojas una piedra y la piedra estalla
contra el cofazón pero no era una piedra
era un ojo ávido asomado al abismo
no era una piedra.
La historia termina así a nadie importa
todos tienen historias parecidas.
Una apagó la luz para mayor oscuridad,
la otra era la luz.

Pedro Jesús Lope-Acosta: Fomento, Cuba, 1970. Narrador y poeta. Graduado de Letras por la Universidad de La Habana. Obtuvo en 1998 el Premio Beca Onelio Jorge Cardoso por su cuento "El retrato".

Legítima defensa

aH.

Yo no voy a suicidarme porque me escondan los rincones
Hay rincones que ustedes no saben
ni se imaginan
Hay esquinas hasta en el centro de sus ojos
Yo no voy a suicidarme
Suicídense ustedes que tienen tiempo
de vigilar los parques
Yo apenas dispongo del segundo de encontrarnos
y jugar al escondido sin ni siquiera un arbusto
o un túnel subterráneo
Suicídense ustedes que necesitan un ejército
y tienen armas de fuego
Somos guerrilleros sin ni siquiera una brújula o un mapa

Claudiquen, vamos, claudiquen
No somos ni siquiera dos: somos uno
Suicídense, vamos, suicídense:
No pensamos asesinarlos.

Ah, la trascendencia

a H.

Estoy hecho una espiral sobre la espalda de un hombre
Y lo que va a trascender no son los torbellinos
el naufragio a media noche
Es triste que no hablen de la añoranza de la sábana
de la necesidad de un acorde
una luz no delatora sino cómplice
No hay una mesa ni una copa ni una foto bajo el cristal
o hay un silencio que nos inmunice
y nos haga saludables
Y es triste
No va a trascender ese dolor, esa impotencia
y el llanto y el abrazo sin sexo
De nada se hablará sino de ese hombre
Yo soy un hombre
Y ese hombre es otro hombre
Somos dos hombres
Yo estoy hecho una espiral sobre su espalda
De vez en cuando le toco la frente
—es un escándalo.
Lo peor sucederá cuando nos besemos
No importa si me viro si me tuerzo si me caigo
si sufro si me quiere
si hago el amor mirándole a los ojos
a la pared o a la nuca
Lo que importa es el centro del poema
Aquí le escribo a un hombre
Y ESO ES TRASCENDENTE
Lo demás es secundario
y/o trivial
y/o carente de importancia.
¿Qué interesa la ternura
si ya es bastante la vergüenza?
¿Qué interesa sino los dedos y ese hombre
los labios y ese hombre
mi sexo y el sexo de ese hombre
(qué cursi sería mencionar un sentimiento)
Estoy hecho una espiral
Nadie se estremece si digo sobre quién
Nadie llora por mi angustia si detallo su espalda
Ese hombre es una blasfemia
Lo siento,
No puedo construir un eufemismo.

Yo soy un hombre
y ese hombre no es un símbolo o una metáfora

o una mentira ingeniosa:
Es un hombre
Somos dos hombres
Yo estoy hecho una espiral sobre su espalda
Y no me escandaliza que trascienda.

Francisco Morán: La Habana 1958. Graduado de letras. Ejerce el magisterio. Ha publicado diversos ensayos sobre la obra del poeta cubano Julián del Casal. Dirige el Suplemento Cultural "La Habana Elegante".

Martirio de san Lorenzo

Para david redoli
(Leyendo a Gonzalo de Berceo)

El lecho ya está al fin aderezado
Por el hierro del fuego más violento.
¡Oh placer que el amor calenturiento
te ofreces en martirio sazonado!

Me contemplo a mí mismo en el espejo
Mi cuerpo de atrevidas perfecciones
Ya fue echado en el circo a los leones
del deseo tenaz. Estoy perplejo

de ver en mi desnudo como si otro
me estuviera lanzando al desencuentro
del insaciable gozo en que me miro

y sin que pueda el desbocado potro
refrenar los rigores de su centro
a las sabrosas llamas me retiro.

Odette Alonso: Santiago de Cuba, 1964. Poeta, narradora y crítica. Ha publicado: *Enigma de la sed*, *Historias para el desayuno* y *Palabra del que vuelve* (poesía). Entre otros premios obtuvo el XXVI Premio de Poesía Punto de Partida, UNAM y mención en poesía en la revista *Plural*, México, ambos en 1993.

Margarita o la idea de la felicidad

Vender el alma al Diablo
o vender el alma a Dios.
Vender el alma y que ella llegue alguna tarde
a ponerme su almíbar en los labios
a dejarme danzar descalza en esta alfombra.
Su almíbar o su furia sobre mis tristes huesos
que esperan por la muerte o la felicidad.
Vender el alma el cuerpo y que ella diga sí
que me ponga en los labios el pedazo de dolor
que tenga vivo

toda su indecisión o su perfume.
Margarita esta tarde con su frío mosaico
Margarita y mis manos tanteándole la furia y
los almíbares
Margarita y el miedo de que dijera no.

El arquero

A Margarita Soto

Soy el arquero
y apunto al corazón de una muchacha.
Mientras tenso la cuerda ella me mira
indiferente se aleja da la espalda
y yo disparo la flecha contra mi corazón.

Norge Espinoza: Santa Clara, 1971. Ha publicado en diversas antologías y tiene editado el cuaderno *Las breves tribulaciones*, Premio El Caimán Barbudo, 1989.

Vestido de novia

por eso no levanto mi voz, viejo Walt Withman
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero.

Lorca.

Con qué espejos
con qué ojos
va a mirarse este muchacho de manos azules
con qué sombrilla va a atreverse a cruzar el aguacero
y la senda del barco hacia la luna
cómo va a poder
cómo va a poder así vestido de novia
si vacío de senos está su corazón
si no tiene las uñas pintadas si tiene sólo un abanico de libélulas
cómo va a poder abrir la puerta sin afectación
para saludar a la amiga que le esperó bajo el almendro
sin saber que el almendro raptó a su amiga le dejó solo
Ay adónde va a ir así este muchacho
que se sienta a llorar entre las niñas que se confunde
adónde podrá ir así tan rubio y azul tan pálido
a contar los pájaros a pedir citas en teléfonos descompuestos
si tiene sólo una mitad de sí la otra mitad
pertenece a la madre
de quién a quién habrá robado ese gesto esa veleidad
esos párpados amarillos esa voz que alguna vez fue de las sirenas
quién
le va a apagar la luz bajo la cama y le pintará los senos con que
sueña

quién le compondrá las alas a este mal ángel hecho para las burlas
sí a sus alas las condenó el viento y gimen
quién quién le va a desvestir sobre qué hierba o pañuelo
para abofetearle el vientre para escupirle
las piernas
a este muchacho de cabello crecido así vestido de novia
Con qué espejos
con qué ojos
va a retocarse las pupilas este muchacho que
alguna vez quiso llamarse Alicia

que se justifica y echa la culpa a las estrellas
con qué estrellas con qué astros podrá mañana
adornarse los muslos
con qué alfileres se los va a sostener
con qué pluma va a escribir su confesión ay este muchacho
vestido de novia en la oscuridad es amargo y no quiere salir no se
[atreve

no sabe a cuál de sus musgos escapó la confianza
no sabe quién le acariciará desde algún otro parque
quién le va a dar un nombre
con el que pueda venir y acallar a las palomas
matarlas así que paguen sus insultos
con qué espejos ay con qué ojos
va a poder sustraerse de sí mismo este muchacho
que no ha querido aprender ni un solo silbido para las estudiantes
las estudiantes que ríen él no puede matarlas
así vestido de novia amordazado por los grillos
siempre del otro lado del puente siempre del otro lado del
[aguacero

siempre en un teléfono equivocado no sabe el número
tampoco él sabe está perdido en un encaje y
no tiene tijeras
así vestido de novia como en un pacto hacia el amanecer
con qué espejos
con qué ojos.

Jesús Jambrina: La Habana, 1964. Poeta. Graduado de periodis-
mo

(Sin título)

Desde un ventanal en la isla Gran Bretaña
Peter O'Toole contempla a los reclutas cubanos.
Entra con ellos al cine Payret
y en la oscuridad palpa sus falos precio barato.
En un cuarto de hotel
los labios ingleses desabotonan las verdes camisas,
'Esta es Europa, disfrútenla sin miedo', dicen.

La próxima noche Peter sale y se encuentra con nuevos muchachos
pero a éstos los invita a Finca Vigía
donde el Nobel convierte a los gatos en fieras
y Ava Gardner busca el fin de su vagina.

La noche es una fontana de aguas sulfatadas
listas para ser utilizadas por los frustrados de sexo.
Peter O'Toole regresa a casa complacido
mientras en La Habana
Lezama rompe siete poemas verdugos
y un niño se enamora en silencio de la foto del Che

Lina de Feria: Santiago de Cuba, 1945. Ha publicado los poemarios *Casa que no existía*, *A mansalva de los años*, *Espiral en tierra* y *El ojo milenario*. Sus textos aparecen en numerosas antologías sobre poesía cubana. En 1990 le fue otorgado el Premio Nacional de la Crítica por *A mansalva de los años*. En 1991 se la reconoce otra vez con dicho premio por *El ojo milenario*. Obtuvo mención Casa de las Américas, en poesía, en 1998.

en los arcos

en los arcos de la ciudad aguda
el nombre claro de su ceja limpia
Diana con sus detalles silenciosos
y su manta guardándome
la espantable mueca de dolor por otros
acometidos por los mismos temores
 que me asedian y hielan.
llega su aroma sonrojante
bailando en vales revividos
y un acordeón enyerba
el óxido de mi ventana sin cerrojo
para flotar hasta la iridiscencia
de sus dedos blanquísimos
como potrillos frágiles
hurgando azúcar en mi ombligo terco
hasta encontrar los techos constelados
de dioses mitológicos y naves
doblegando toda mi soledad
con sus ojos de ciervo lamidos por la lluvia.

1ra. declaración del amante vivo

 así tu muerte despierta en mí
 el deseo de la muerte
 como tu vida despierta en mí
 el deseo de la vida.
 Cernuda

la hija de provincia
que entendía la luz de los postes sin luz
quiso abatir
 la doble sogá de su tortura damocliana
e impunemente
introdujo su mano
en el cuerpo de sombra de sus manos
introdujo su ojo
en el cuerpo de sombra de sus ojos

hasta matar la conocida servidumbre
que ataba el hueso débil a la vida más débil
la pureza fue el golpe más perfecto
para la imbecilidad de los padrinos
de los padrinos
del padre y de la madre
que ahora se asombran
de que hubiera querido vomitar su vida
en el propio confín.
ya ven que para algunos ha sido inexplicable
porque casi le dimos la esperanza
el límite mejor la fuerza en mí
oh soledad del acto en que me dejás
oh conveniencia tuya.

Antón Arrufat: Santiago de Cuba, 1935. Poeta, narrador, dramaturgo y ensayista. Ha publicado, entre otros, *La caja está cerrada*, *Repaso final*, *¿Qué harás después de mí?*, *Las pequeñas cosas*, *La divina Fanny*, entre otros. Los poemas aquí presentados pertenecen al libro *Lirios sobre un fondo de espadas*, publicado en 1995, por el que se le concedió el Premio Nacional de la Crítica.

La esperma sagrada

Vestida la cama,
descubro la huella de su carne:
una gota amarilla.
Luz palpable.
Apagado cirio.
La cama fue un altar.
En la penumbra
un cirio iluminaba el paño.
Labrado recuerdo,
tocarlo como si latiera.
Alzo la sábana,
envuelto en ella avanzo.
Solemne a la ciudad me asomo,
la rosa amarilla en el pecho.

Las criaturas

Tus aullidos y sigilosas pisadas
de asesino rondan mi casa.
Animal carnicero, bestia de Dios:
hambriento me buscas en la noche.
Conoces las tapias, los muros,
el olor de mi puerta.
Inhumanos y firmes, resplandecen
tus dientes alrededor de la tiniebla.
Aúllas delante de mi puerta,
tras la frente.
Aúllas en toda la casa,
a lo largo de toda mi carne.

Cuando no vienes,
cuando sé que descansas de mí,
pese al temor, te espero.
Casi podría decirte que te extraño.
Cada noche me apasiona temer,
sentir tu hambre,
arropado en mi cama fría
o acariciando el pestillo de la puerta.
A la madera pego el oído:
lates, jadeas y veo
tu boca espumosa,
el fulgor blanco de tus dientes.
Sólo la puerta
separa bestias semejantes.

Damaris Calderón Campos: La Habana, 1967. Ha publicado: *Con el terror del equilibrista*, *Duras aguas del trópico* y *Guijarros* (poesía) y *Se adivina un país*. Ha obtenido los siguientes premios: El Joven Poeta, 1987; Ismaelillo, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (1988); Revista *Revolución y Cultura* (1994) y Premio de Poesía Revista de Libros, *El Mercurio*, Chile.

Rata en la leche

La mujer dijo: Nunca lo he hecho antes.
Y yo: Será como la primera vez.
La mujer: El como está demás.
Yo: Será la primera vez.

La mujer tenía los pezones duros y fríos. Metálicos (una bala en la boca).
Cuando la mujer se abrió de piernas se vio un boquete profundo, de metralla.
Imploraba unos dedos para palpar la herida.

-Te pareces tanto a él. Mi perro. Mi recluta castrado.

Tenía una jerga militar que impelía a la obediencia ciega.

-¿Te acuerdas de aquella película de Elizabeth Taylor, en que ella daba vueltas y vueltas como una rata sobre la leche y no se ahogaba? Elizabeth Taylor, sí, esa rata con las tetas menos caídas. Los diálogos ni siquiera son como flautas de aire: a través de ellos no pasa nada, ni el viento. No producen ningún sonido.

La mujer, sonora, dijo otra vez, mirando al techo:

-Nunca lo había hecho antes. Estoy vacía y nada me modifica.

Pude largarme o golpearla, pero me volví a tumbar sobre su cuerpo lácteo, girando sobre la leche. ¿Quién puede resistirse a la blancura mezquina y a la opresión de una bala en la boca?

Roberto Urías: La Habana, 1959. Licenciado en Filosofía por la Universidad de la Habana. Recibió mención en el concurso "13 de marzo" con su relato "¿Por qué llora Leslie Caron?" (1986). Mención en el concurso "David" de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, por su libro de cuentos *Infórmese por favor* (1988).

¿Por qué llora Leslie Caron?

El Instituto de Meteorología ha dicho que hoy será un día cálido y soleado. Luego de hacer sus respectivas acrobacias con las probabilidades y por cientos de lluvia, vientos y oleaje, ha concluido que las temperaturas máximas de la tarde oscilarán entre veintinueve y treintidós grados centígrados. Habrá sido un día cálido y soleado, pero yo he amanecido con frío, un frío que nace en el abdomen, y con mucho viento, y un oleaje de espanto me recorre todo el cuerpo. Estoy casi lluvioso. Invernal.

Después que me hicieron nacer, hubo grandes disputas familiares por mi nombre. Héctor contra Alejandro; Enrique contra Jorge. Que si Hugo, que si Javier. Al final, triunfó Francisco. Pero todos estos años he venido siendo Panchito y, en ocasiones, Panchi con "i" griega para que sea más sexy... Sólo que yo he llegado a preferir, por sobre todos los nombres, el de Leslie Caron. Es tan musical, tan europeo. Además, mis compinches admiten que entre ella, la actriz, y yo, existe un gran parecido, la misma gracia y la misma condición etérea...

Pertenezco a una familia "sagrada", de esas que ya no vienen más, casi perfectas. Con una madre, un padre, adorable hermanita, un perro y muchas plantas, resulta ser un clan apretado y ajeno. La casa, por supuesto es el clásico nidito decorado y decoroso. En fin, que al parecer yo termino siendo la única nube gris que empaña la prosperidad de tal cielo azul.

Porque hay que admitir que en mí la dialéctica funcionó mal; o tan bien, que no se ajusta a las imperfecciones de nuestro tiempo. No sé. El caso es que los miembros de mi familia, como casi todos, son "entes productivos", "socialmen-te-í-ti-les", asalariados del progreso y la concordia, santos y vírgenes bastiones de la economía... Y yo, por mi triste parte, me siento solo como una mariposa o una caracola: soy una bella parásita. Me preocupo de embellecerme y alegrarme hoy, y no pienso en el tan venerado mañana, que cada vez más promete ser atómico o neutrónico o qué sé yo...

No he seguido estudiando porque me aburre sobremedida que durante cinco o seis horas diarias haya especialistas que me atiborren de esquemas, prejuicios, sucesión de calamidades y errores, falsas perspectivas y redundancias. Me harté, simplemente. Y el futuro al carajo.

¿Y dónde podría ganarme "la sal" con el sudor de mi frente? ¿Dónde sin perecer calcinado en el frío horno de los horarios y de las reuniones? ¿Qué tiempos tan bárbaros estos!, diría Atila.

Yo prefiero ejercer de "alegre". La alegría más volátil es la mía; cada trozo de calle o de ciudad es mi escenario, y yo soy la más cotizada vedette. Me sepulto bajo una montaña de lentejuelas y luces de mercurio, no vaya a ser que perezca ahogado por el peso de mis propias luces... Por esto, adoro las paradas de guaguas, los parques, las tiendas y los mercados, las colas de los cines. Eso sí,

jamás he tenido un baño público en mi currículum. Soy demasiado hipocondríaca y romántica todavía.

Lo mío son las flores, la música –Barbra Streisand es mi ídolo–, los helados, y la playa con el sol, la espuma del mar y las gentes; sobre todo las gentes ¡cielos! Casi casi desnudas. ¡Qué paisito este! Es la isla mágica de los hombres lindos. Todo el mundo es bello. Por todas las partes me cercan y me devoran hombres jóvenes, fuertes, de todas las formas y colores. Son mamutes que te aplastan con tanta vitalidad. Me cercan –como “un collar de palpitantes ostras sexuales”, diría Neruda–, pero tan pocos me pertenecen alguna vez. Porque si mirar es bueno, tocar es mejor.

Tocar: perecer. Un instante, un golpe de ala y a volar a lomos de un tiempo implacablemente epidémico. ¡Qué manera de perjudicarnos! Pero en fin...

El caso es que me paro frente al espejo y me veo siempre y termino preguntándome: ¿qué será de esta loca? ¿Qué puedo hacer contigo Leslie Caron? ¿Por qué habré tenido que ser así? He intentado cambiar, pero no logro hallar nada que verdaderamente me interese. Nada ni nadie. La mayor parte de la gente me inspira lástima; son vacíos, tan falsos; se mueven a través de los estrechos márgenes de los esquemas que les imponen. Yo he optado por esta esclavitud. No me he elegido a mí mismo, mas acepto las cartas servidas y hago mi juego mortal como cualquier otro. Es como el color de los ojos; no me gusta éste, sin embargo, no queda otra alternativa que utilizarlos para ver. ¡Y qué cosas he visto y veo!

He visto a un padre que trabaja demasiado y que “se reúne” todavía más; que cuando no pesca con los socios, anda con las queridas; un padre que jamás ha recordado qué día nacieron los hijos.

He visto a una madre que también trabaja como una mula; que se encarcela en su propia piel siempre atiborrada de *coldcream*; que cuando no sufre las machangadas del marido, pone al hijo a peinar sus pelucas y luego va a olvidar las penas. He visto a una hermana que se casa con un tipo sólo porque tiene una casa en Miramar y un carro y una videocasetera y un etcétera larguísimo; una hermana que se va y deja sin ajuar, casi desnuda, a la loca del hermano. ¡Y cómo la envidian todos! Sí, veo claramente.

Y veré a un pobre pájaro alicaído, arrugado, solo, sin familia ni amigos reales; tal vez, rodeado de algunos cómplices tan fantasmas y viejos como él. Un pájaro esperando que algún día termine esta concatenación de muertes cotidianas a las que se ha sometido. No me hipoteco el futuro ni dramatizo y ojalá que no sea del todo así. Pero: ¿qué hacer? ¿Qué golpe milagroso podría cambiar el curso de estas visiones?

Y hay veces que mando al carajo la fobia a las arrugas y me dejo cobrar un precio exorbitante y –créanme– lloro y lloro como una niña. Sí, amanezco frío y lluvioso, y me vengo, así, de la utilería tan perfecta de un día cálido y soleado y de las realidades sádicas...

Y si alguien preguntara: “¿Por qué llora Leslie Caron?”, sólo respondería: “Porque la vida es una cabrona”.

Calvert Casey: (1924-1969). Publicó, entre otros, *El regreso y otros relatos*, *En el Potosí*, *Mi tía Lescadia*, *El amor y el paleolítico Inferior*. En 1964, Edmundo Desnoes publicó por Cuaderno R, de Casa de las Américas, la colección de ensayos *Memorias de una isla*.

Piazza Morgana

Ya he entrado en tu corriente sanguínea. He rebasado la orina, el excremento, con su sabor dulce y acre, y al fin me he perdido en los cálidos huecos de tu cuerpo. He venido a quedarme. Nunca me marcharé. Desde este puesto de observación donde finalmente he logrado la dicha suprema, veo el mundo a través de tus ojos, oigo por tus oídos los sonidos más aterradores y los más deliciosos, saboreo todos los sabores con tu lengua, tanteo todas las formas con tus manos. ¿Qué otra cosa podía desear un hombre? De una para siempre *emparadisado en ti*. *Envejecemos nos dijiste* y así sucederá.

Mi suerte será envidiada por generaciones de amantes todo el tiempo venidero, hasta el final de los Tiempos.

Se me ocurrió mientras te estabas afeitando, en una tregua de nuestros momentos de odio mutuo. La hoja te hizo un pequeño pero profundo corte en la barbilla. Mientras presionaba la herida para limpiarla, y tu sangre manaba de las venas cortadas, sentí un tremendo impulso de probarla.

A partir de ese instante, mi mente se deslizó por una pendiente irresistible, fuera ya de control. Esa noche y muchas noches más, mientras tú respirabas plácidamente en tu sueño, a mi lado, pensé en los rojizos descarnados tejidos del estómago, cruzados y entrecruzados por venas, segregando sin cesar sus jugos a la menor provocación. Me vi a mí mismo tocando con temor los duros y rojizos tendones, el blanco interior de tu espina dorsal, tu cerebro, tierno y palpitante, los musculados y carnosos tejidos de tu corazón, el revestimiento externo de tus huesos, tan rosado y sedoso, donde los vasos sanguíneos se entrelazan, haciendo surgir incesantemente nuevas células que reemplazan a las ya muertas. Vi los accesos de tu boca, la oscura incrustación de la lengua, y más allá, los frágiles cartílagos y cuerdas vocales de donde tu voz brota. Me preguntaba cómo sabría y olería todo ello, qué se sentiría de morder los tendones: lamer los huesos, mascar la tierna y delicada carne, desollar el secreto, vaciar la vejiga, hacer una incisión en el pene; tras haber desalojado previamente los pulmones, dejar que mi mejilla repose eternamente junto al tejido sanguíneo y descarnado de la caja torácica; desplegar los largos y macizos músculos de las nalgas y los muslos, alimentarme de ellos, llegar a probar todas tus glándulas, estar durante semanas a dieta del fluido genital; cada vez más ansioso, más anhelante, alimentarme, alimentarme lentamente de los tímpanos, los ojos, la lengua, roer la abertura rectal, utilizar tu pelo y todo el vello de tu cuerpo como seda dental, morder hasta el fondo de tus axilas, recobrar en los ganglios las energías perdidas, empezar a comer lentamente desde la punta de los dedos hacia arriba, hasta que los brazos desaparezcan, destapar la rótula y beber con paciencia y cuidado (no sea que se pierda una gota) los ricos lubricantes contenidos en sus juntas, desencajar el muslo, rajar el hueso y alimentarme de

su médula toda una temporada deliciosa, engullir los ojos como se engulle un huevo, mirar las cuencas vacías noches y más noches, desquiciar los tobillos, alimentarme de los pies semanas y semanas, sacar fuerza de los ligamentos, lamer los tendones hasta que pierdan su color, arrancar las uñas de los pies y de las manos, mordisquearlas y sacarles el calcio una vez agotadas las reservas de los dientes. Pero, sobre todo, comer lentamente, deliberadamente y en un raptó fervoroso, desde el interior, allí donde el corazón late impasible, el sabroso tejido, rojo vivo, bajo los pezones hace ya tiempo digeridos.

Pero entonces cambié de opinión. Como ya dije antes, generaciones de amantes de todos los siglos venideros se morirán de envidia. *Nos pudriremos juntos*. Mientras escribo, viajando a placer, con indescriptible regocijo, por tu corriente sanguínea, después de un prolongado verano en los mastoides, siempre dispuesto a renunciar a los vasos linfáticos por las parótidas, sé que voy a estar contigo, dormir contigo, soñar contigo, orinar y defecar contigo, pensar, llorar, alcanzar la senilidad, calentarme, enfriarme y calentarme otra vez, sentir, mirar, hacerme una paja, besar, matar, mirar, tirarme pedos, perder el color, sonrojarme, convertirme en cenizas, mentir, humillar a otros y a mí mismo, quedar desnudo, acuchillar, agostar, aguardar, aquejar, reír, robar, palpar, trepidar, eyacular, entretenerme, escabullirme, rogar, caer, engañarte con otro, engañarte con dos, comerte con los ojos, comisquear, atizarte, chupar, alardear, sangrar, soplar contigo y a través de ti.

Mi proeza es tan completamente nueva y sin paralelos que aún no ha sido igualada. No tiene precedentes en la historia, y quedará en los anales de la humanidad, para que no se olvide, hasta que toda huella de la existencia humana haya sido borrada de la tierra. Mi libertad de elección y residencia no tiene límites. He conseguido lo que todo sistema político o social siempre ha soñado, en vano, conseguir: soy libre, completamente libre dentro de ti, por siempre libre de todas las cargas y temores. ¡Ningún permiso de salida, ningún permiso de entrada, ningún pasaporte, ninguna frontera, visado, carta d'identitá nada de nada! Puedo establecerme a gusto mío en el pezón derecho, donde el remate de las venas y los nervios florece en una punta rosada, tierna y delicada. Allí puedo esperar indefinidamente. No tengo ninguna prisa especial. El tiempo ha sido obliterado. *Tú eres el Tiempo*. Fue tan sólo el siglo pasado cuando me agarré como un loco a las viscosas paredes de su vejiga para evitar el ser arrastrado fuera. Así que puedo esperar con máquina de escribir y todo, arrullarme hasta conciliar el sueño, bajo ese veloso y maravillosamente suave montículo de tu pecho, y esperar que algún idiota me despierte y me haga cosquillas. Puedo escalar tu lenguaje y lamer y apretujarme en otra boca, alcanzando todas las delicias que el cielo reserva. Y es entonces cuando me lanzo de cabeza por la espina dorsal, despidiendo un escalofrío tras otro de placer divino, hasta que tus pulsaciones la ten de forma tan salvaje que me dejo arrastrar por el torrente y viajo a la velocidad de la luz dentro del espeso y vivificante fluido de tu sangre.

Pero sin prisa, sin prisa: A lo largo de días, semanas, meses, puedo alojarme en tu retina, emprender viajes de placer por tu pupila con objeto de echar una ojeada al mundo exterior, mientras organizo metódicamente la más compleja e infinitamente más

exigente excursión a tu cerebro. Qué placer es entonces, y qué gozo a medida que penetro en el laberinto gris, en el palpitante dédalo, aprovechando la ocasión para lamer los blancos tabiques membranosos, cuyo sabor difícilmente puede igualarse. La mayor Bolsa del mundo en el día del Crack, la estación ferroviaria más grande del mundo jamás podrían aproximarse a lo que está pasando dentro de tu cabeza.

¡Los deleites de la médulla oblongata! ¿Las ramificaciones infinitas de los arborum vittae! ¡Las ásperas caricias de la duramadre!

¿Cómo voy a empezar? ¡Cómo voy a empezar! ¿Cómo puedo entrar en ese aparente caos, en esa anarquía soberanamente ordenada, sin ser mortalmente aplastado (todo a su tiempo) por los millones de destructivos, más veloces que el rayo y mucho más mortíferos? ¡Cómo voy a empezar! ¡Con amor! ¿Cómo, si no? ¡Con amor! Que el amor guíe mi exploración, mi viaje fabuloso, el viaje que ningún hombre ha emprendido hasta ahora; que él sea el hachón y la brújula que me ayuden a orientarme a través del espantoso laberinto rebosante de vibraciones, brincando y rebotando sin parar a una frecuencia fantástica.

Con muda reverencia inicio un viaje que a veces me va a llevar cerca de la superficie, a veces al corazón de una inmensidad perfectamente organizada. Consumiendo días, semanas, meses incluso, me meto en las profundidades; el periostio, la tabla externa, el diploe, la tabla interna, las suturas, la calvaria (próxima a la duramadre, en busca de calor y compasión). Pero una vez más: sin prisa, sin prisa. A su debido tiempo (¿qué importa el tiempo?) llegaré a la hoz del cerebro, a la encantadora blandura de la meninge, me doblaré por el nervio óptico, me estrujaré en el infundíbulo (¡el infundíbulo, oh Paradiso!), iré tanteando como un ciego la sustancia negra utilizando los dos brazos como antenas, como un murciélago, cruzaré a galope el puente de Verolio, como un niño feliz y juguetón, y, después de una larga zambullida en el acueducto de Silvio, iré a caer exhausto en la silla turca, faltándome el aire. Dormir, dormir es lo único que quiero después de esta primera etapa fatigosa de mi viaje. ¡El tálamo, el tálamo! ¿Dónde está el tálamo después de los horrores del claustro, y la luz lunar del globus pallidus? Tremendas reverberaciones me suben por todo el cuerpo, cargadas de electricidad. Dormir, dormir... ¿Quién es capaz de dormir cuando el patético está tan cercano, y he de tomar un largo desvío con tal de no eliminar para siempre tus fuentes de compasión?

Si la emoción me vence, siempre puedo encontrar refugio en el silencio de la sustancia gris. Pero no por mucho tiempo. ¿Quién desea silencio ahora que he llegado a lo más hondo de tu cerebro? Que las rugientes ondas que vienen de los tímpanos me ensordecen para toda la vida. ¡Qué más da! ¿Acaso no he dicho que he venido para quedarme? Siempre estará el nervio olfatorio para guarecerse cuando falle todo lo demás ¡Qué riqueza de olores para triscar eternamente! Y siempre están los senos para una completa protección. Alguien está martillando en la porción petrosa. Que martillee. Hay sitio para todos. Y si se pone desagradable, una buena patada en el culo y que se pierda en la insondable profundidad de las fosas. ¡Sería una tumba bulliciosa! Nadie ha llegado aquí; nadie ha ido tan lejos y sobrevivido a las sondas destructivas

de las neuronas, que llegan de todos lados, a la presión tremenda, la terrible carga y descarga, el soberanamente armonioso, soberanamente enloquecedor tutti. Nada más salir sano y salvo volveré a entrar una y otra vez en el infierno gris, el cielo sofocado, para escuchar el mortífero rugido que nadie ha oído sin ser por ello asesinado.

Pero, como dije antes, es en tu corriente sanguínea donde logro el estado de dicha suprema reservado a los elegidos y los justos. Me revuelco en su interior, retozo, trisco, me elevo a míticas alturas, alcanzo lo definitivo, me transformo, dejo de ser. Ya no soy yo mismo. Soy tu sangre: alimento tus pulsaciones, cruzo y vuelvo a cruzar el umbral de tu corazón, me deslizo arriba y abajo, me abalanzo del ventrículo al aurículo, hago tiempo en el atrio, paso de la vena a la arteria y regreso a la vena, hago el recorrido de los pulmones y emprendo de nuevo el camino de tu corazón. ¡Tu corazón! ¡Por fin soy yo tu corazón! No sólo el vello suave de tu pubis sino también tu corazón! Sono il tuo sangue! Quello che sentí rimbalsarse dentro, questi brividi, questa strana gioia, questa paura, questa bramosia, sono io, sono io, galleggiante nelle tue arterie, e la carne che rammenta, dorennavanti rammentiamo insieme per l'eternità, amore, amore, pauroso amore mio! No has de tener miedo, nunca volveremos a sentir la soledad, la terrible, vergonzosa soledad de la carne. La soledad se ha ido para siempre, desechada, expulsada, suprimida, quemada, enterrada. ¿Me estás oyendo? ¿Me oyes surcar tu sangre a toda velocidad, cantando y gritando a pleno pulmón, entonando extrañas canciones de gozo, sollozando, gimoteando, gimiendo en un frenesí de felicidad que ningún ser humano ha conocido antes? Sono io, sono io. Moriré contigo, me convertiré en sustancia inanimada, recorreré toda la gama de la existencia pre-orgánica y post-orgánica, y renaceré una y otra vez, un millón de veces, ad infinitum, contigo.

Cuando estoy en un talante menos intelectual, más emprendedor, me adentro en largos safaris por tu flora intestinal.

La vena porta abre sus puertas de par en par, y yo me cuelo en la copiosa oscuridad. Podría tomar un atajo por el mesentérico, pero prefiero el camino menos recto, que me hace estremecer de expectación.

Después de un largo descenso me encuentro en el más profundo misterio. Ni las cuencas amazónicas ni las vertientes nigerianas podrían igualar su caudal. Para hallar algo semejante uno tendría que retroceder a los días en que las fuentes del Nilo eran desconocidas, o incluso antes, mucho antes, cuando el gran río empezó a fluir, al principio sólo una estrecha corriente, que serpenteaba por el fondo de una espantosa hendidura, y que después crecía, algunos millones de años después, hasta convertirse en un tranquilo arroyo de mediano tamaño, eternidades antes de que el hombre llegara con los ojos vidriosos.

A medida que voy penetrando en las profundidades de la jungla, me siento incesantemente atraído, ceñido y rechazado por las miríadas de formas, los seres tentaculares del bosque inexplorado, las minúsculas y monstruosas flores, el interminable proceso de creación y destrucción, los mil círculos kármicos que nadie habría sospechado encontrar aquí abajo, repitiéndose millones de veces a lo largo del largo descenso.

Podría seguir escribiendo sin parar sobre mi travesía de los

pliegues semilunares, la luz opalescente donde las criaturas más extrañas, medio-animales, medio-vegetales, se abren y se cierran, se degeneran y se regeneran, se abren las entrañas en suicidios masivos, sólo para intercambiar fragmentos y reunirse, segundos más tarde. Esa parte de mi viaje dura años, de tan fuerte como es la fascinación del destello malsano, que adopta sutilmente matices diferentes bajo cada pliegue. Me dejo abrazar por billones de criaturas que pululan en mi interior, apiñándose en el espeso jugo en el que yo nado silenciosamente. Elegí una al azar, tal vez la más atractiva, tal vez la más horrenda, y dejo que me sumerja y me trague como un corpúsculo devorado por una célula blanca. Qué quietud infinita, qué paz ahora... ¿Cómo es posible que nunca hubiese pensado en esto? ¡Esto sí que es felicidad! No hay otra palabra. En la profundidad del pliegue más recóndito la he encontrado. Esto cancela años de búsqueda inútil. Soy feliz. ¡Al fin! Ni un sonido, ni una simple regurgitación se escapa al lugar remoto adonde he llegado. Es el silencio de los abismos oceánicos, siempre conjeturados, siempre inescrutables. Únicamente aquí puedo ser yo mismo. Apacible e interminable, giro entre los silenciosos tropes que entran y salen por cada orificio de mi cuerpo. Millones de muertes y nacimientos se suceden sin un lamento, sin un estertor, sin nada.

En un cruce, después de resbalar a lo largo de meses en una agonía mortal por el casi impracticable sigmoide, el paisaje cambia abruptamente. Qué quietud de la Umbría en estos árboles del tamaño de un mamut, repentinamente desproporcionados respecto a cualquier especie imaginable de cualquier reino. El interminable proceso de tragar y devolver se detiene, y otro, mil veces más mortífero y más majestuoso, comienza. Me siento perdido en este bosque de gigantes que avanzan lentamente abrazando a traición, ignorándose completamente en su grandeza. Camino pegado a lo que tomo por un muro del bosque hundido, hasta que descubro que he despertado a otro gigante y tengo que salir disparado para salvar la piel. (Ahora podría tomarme un respiro antes de que fuese demasiado tarde, y hacer el largo viaje de descenso a la punta de tu polla, con una breve escala dentro de los testículos, que podría convertirse en una prolongada estancia, primero en el derecho, después en el izquierdo, ya que siempre es grato un cambio de altitud. ¿Quién podría detenerme, excepto la muerte, y sería, en este caso, *nuestra* muerte? Y si decidiera hibernar en el glande, dormir para siempre dentro del prepucio, reservar un espacio debajo de la túnica, podría hacerlo, pero tomo otra decisión). La muerte está aquí mismo, al igual que la vida, y es aquí donde me siento más próximo a ti. Podrían poner en pie de guerra ejércitos enteros, legiones de carros blindados, aviones muy bien abastecidos y muy modernizados vomitando fuego para desalojarme de aquí. De nada serviría. Esto es el Paraíso. Lo he hallado. Al contrario que Colón, no se me reexpedirá atado de pies en una sentina. Tampoco habrá un Canossa para mí. He entrado en el reino de los cielos y he tomado posesión de él con todo orgullo. Ésta es mi concesión privada, mi heredad, mi feudo. No me marcharé.

Traducido por Vicente Molina Foix (en *Quimera*, diciembre 1982)

Miguel Ángel Fraga: Tallerista, ha obtenido premios por sus obras, tanto en poesía como en narrativa.

De nalgas al fondo

Su retrato debe de estar en alguna parte muriéndose de risa. Se ha ido como se fueron muchos. Socialmente importa bien poco. No pasa de ser un número sumado a otra cifra. Quienes lo conocimos no dejaremos de extrañarlo; no porque lo quisiéramos tanto, sino porque era parte de nosotros. Se fue dejándonos también sus miserias. De todos modos, me niego a recordarlo en su final, con sus ojeras, desgarrado, enjuto, tratando de hacernos reír con un chiste casi siempre de mal gusto. Mantuvo fija la idea de su muerte; quizá por eso vivía. Cómo tengo que sufrir para morirme. Luego la imagen en el féretro, peinado como nunca lo hizo, mostrando una cara que no era la suya. Una actitud ridícula. Jamás vistió tan elegante. Él fue más bien deportivo. Me entristece pensar en el día en que me desentienda del mundo. Nos manipulan a su antojo, familia incluida. Todos tratan de distorsionar tu verdadera imagen, mostrarte a su conveniencia. Pero dije que no iba a recordarlo así sino de la manera en que realmente vivió, con todas sus ambiciones, sus alegrías y sobre todo lo que alguien llamaría su voracidad sexual. Cuando mueres te recuerdan como a un santo. Me confesó una vez que no le gustaría ser recordado de esta manera, al menos por sus amigos. Las historias de la gente buena y casta son muy aburridas. Vivió su libertad en todo el sentido de la palabra. Nunca le escuché murmurar sus arrepentimientos. Supo hasta el final el precio que pagaba: me atrevo a asegurar que aceptó los riesgos como quien va a la guerra y sabe que puede regresar difunto. Defendió el derecho a su promiscuidad. No todo en la vida significa una renuncia. Podré mejorar mi conducta, pero convertirme en modelo, jamás. Allá quienes se dejan engañar. A veces la sociedad te obliga a asumir posiciones demasiado rígidas y te conviertes en un hipócrita. En el fondo tus vicios te roen y acabas envejeciendo. Los atesoras. Podrás llevártelos con tu muerte sin mostrarlos a la luz, pero qué lograste. Me hacía esta pregunta a menudo. Él mismo la contestaba: rumiar tus frustraciones. No soy ni santo ni héroe; simplemente un mundano que no va a enmendarse porque otros lo quieran. Aprovecho mi juventud antes que cuele la tristeza. Nunca condenó a los moralistas, sencillamente les dio la espalda. Decidió viajar con todas las cartas en su bolsillo, perderse en la selva que él llamó "la vida misma".

Sus pasos cubren toda la avenida, ha recorrido muchas veces esta calle. En la acera hay prácticamente un surco de huellas. Cuando se detiene casi al final, regresa. Sus ojos buscan la manera de atrapar un cuerpo. Con la mirada envía señales, selecciona lo que puede parecer una mercancía. Con quien satisfaga su exigencia se alejará, uno detrás del otro, discretos, para desaparecer entre los arbustos de la Loma del Príncipe. Pero aún no ha encontrado lo que va con su gusto—el material humano no es muy apropiado y la noche aún tiene estrellas.

Va a hacer otra ronda. Los ojos que acechan no reciben la aceptación esperada. Por su lado rozan los cazadores pero pasan de largo. Cualquiera pregunta la hora, pide un fósforo; mas no todo está dicho. Alguien provoca lo obsceno mientras lleva su

mano a esa parte que más vende. El cazador exhibe su rifle para atraer la presa. No es lo que busca. Lo que cree descubrir es una silueta proyectada a contraluz a unos cuarenta metros. Viene en su dirección. La distancia se acorta. La figura promete un buen parecido. El andar es digno de elogio, se acompasa, los brazos logran un balance que invita al goce. La silueta se ha vuelto nítida. Los reflejos de cada uno se descubren para un contacto sin roces. Desencanto. No responde el sexo. Falta virilidad; la mirada es lánguida, la caída de los párpados afecta demasiado. Ese modo de acentuar la vista sofoca la hombría. Acelera el paso; deja atrás lo que fue una ilusión. La correspondencia entre lo sugerido y la realidad no siempre es exacta. La suerte podrá aparecer en cualquier esquina.

Después de ser diagnosticado positivo organizó una fiesta en su casa. Para sus amigos fue cosa muy rara porque él prefería divertirse en las casas ajenas. Era su despedida del mundo. Estaba eufórico. Le habían manifestado la necesidad del ingreso. Si no se presentaba voluntariamente lo vendrían a buscar. La descarga fue por todo lo alto: abundante bebida, brindis, hasta un *cake* de cumpleaños. El morbo en esta representación estuvo al ciento por ciento. A las doce en punto decidió dar la noticia. Apagó la grabadora y ordenó silencio. Fue solemne, como si fuera la última vez que hiciera uso de la palabra. Estoy cogido, fue su intervención. Ninguno de los presentes quiso amargarse la noche. Su discurso había sido demasiado sintético y demasiado ambiguo. Los que pusieron algún interés en sus palabras, no dejaron de pensar en una broma. Alguien aplaudió, otro le dio un beso, el siguiente conectó la música y la fiesta siguió su curso. Entonces se lo comunicó de manera confidencial a uno de sus mejores amigos. Me refiero al suicidio. Primero había tomado unas tabletas de desedrina para estar bien arriba, más tarde un paquete de fenobarbital y por último decidió meterse el dedo en la boca. La fiesta estaba realmente buena y siendo su fiesta iba a disfrutarla más que ninguno; al fin y al cabo, según él, era la última. Por otra parte, entre tragos y jaranas, fue sorprendido en el baño con alguien que incursionaba en las prácticas del sexo seguro. ¡Fuera catarro!

A la mañana siguiente amaneció contando las tabletas de fenobarbital que no había ingerido. Las reservaba para otro momento de debilidad emocional. Las dejó al cuidado de ese amigo suyo bajo la promesa de devolvérselas cuando él las exigiera. Por supuesto, las pastillas fueron a engrosar el botiquín de la madre del muchacho; sufría de insomnio.

Decidió ingresar como le habían sugerido, voluntariamente. Éste es el resultado de mi concupiscencia. Le encantaba utilizar palabras rebuscadas. Ya no podré, como Lezama, ir por la caza del jabalí. En tanto decía esto con gran afectación en el rostro, clavaba su vista en un culo adolescente. Bueno, ahora tendré que comportarme como en las galerías de arte: mirar y no tocar.

Se han descubierto. Quizá no compartan la ambición que buscan pero los moldes se han roto. Hay que decidirse. Están en el límite de la reserva. Los ojos bajan desde el principio del cabello, bordeando el óvalo hasta el cuello. El pecho es impecable: abundan los vellos debajo de la camiseta y quién sabe si se extiendan

por el abdomen hasta el monte para correrse luego sobre los muslos y las piernas. La oportunidad está de frente. Ay, juventud, qué buena oferta. Pero aún existe temor de acercarse lo suficiente, romper el hielo. Mantienen los seis metros, tal vez cinco. Una mirada se vuelve eléctrica, procaz. La otra esquivo la insistencia pero deja que lo recorran; da la vuelta aparentando inocencia: el soslayo es una estrategia. Quién hablará primero; no hay nada que preguntarse. Ambos conocen lo que la costumbre ha convertido en reglas. Es muy normal encender un cigarro, mirar el reloj, localizar otro punto a lo lejos. El toreo se alarga, lo mismo el disfrute. Cuentan unos pasos, tres metros. El humo simula niebla, se dispersa. Otros han notado que no tienen nada que hacer cerca de éstos. Nuevamente la electricidad, el corrientazo que nace del nerviosismo, temblor provocado por la proximidad de otro cuerpo; lo alucinante y al mismo tiempo desconocido. La aventura comienza en mitad del camino. Lo que puede adivinarse resulta una sorpresa.

Durante los primeros meses en la beca –así identifica a su nuevo albergue– estaba irreconocible. Fue un cambio brusco, un golpe de vida. Tanta confusión lo absorbía. Esas cosas suceden. Poco a poco vio las cosas claras. En primer lugar, desechó la idea del suicidio porque no había que morir tan pronto. Si él amaba la vida más que otros, cómo iba a renunciar tan fácilmente. Los posibles intentos –desangramientos, descalabros, pistoletazos– fueron revocados. Tenía que plantearse una nueva manera de ver el mundo. Sentía ser un individuo diferente, limitado. Así se lo hicieron saber: por eso estaba allí, porque no confiaban en él. Con su mayoría de edad veíase protegido por funcionarios que velaban sus movimientos. He vuelto a ser niño de tetas. Buen tiempo sufrió la asistencia de un custodio. Por supuesto, en seguida aprendió a burlar esta compañía con regalos y atenciones. El día que lo dejaban solo corría, alzaba los brazos, respiraba hondo. Sentía nacer al mundo, era todo un acontecimiento. La libertad, la libertad. Luego regresaba cabizbajo, resignado a la vigilia, rogando porque pasaran los meses. Después sería evaluado por una comisión que decidiría si podría o no salir solo. Con relación al sexo, la propia psicóloga fue quien lo libró de sus inquietudes. Ella me dijo que debía encontrar una pareja, tratar de llevar, en lo posible, una vida normal. Claro, cuando hablaba de pareja se refería a una persona que se encontrara en mi misma condición. Debía limitar mi elección a unas cuarenta personas, muy diferentes entre sí y no todas de mi agrado. Además, con esta posibilidad el riesgo de infección recíproca era alarmante. Trató de convencerme que con una práctica segura no habría peligro. Esto me hizo pensar universalmente; por qué establecer diferencias.

Te miro y veo en ti sus ojos. La misma mirada impúdica. Nos conocimos en una guagua. Nos miramos y procuré acercarme. Yo estaba en la puerta del medio. Lo seguí al fondo. Parados uno al lado del otro, lo primero que rozamos fueron las manos colocadas sobre el pasamano superior. Ayudados por el meneo de la guagua juntábamos las caderas y los hombros. Esto sucedía sin echar un vistazo, con aparente descuido. En un frenazo, una señora fue a ocupar mi lugar y aproveché para colocarme detrás de él. Ahora mi pelvis peinaba los bolsillos traseros de su pitusa y se afincaba

en la costura del centro. Me eroticé por completo. Entre el vaivén, la gente que pedía permiso y el otro que empujaba, desarrollamos el juego. Él aguantaba cada una de mis embestidas con placer y miedo. De tanto frotarnos no sacamos chispas de milagro. Cuando llegó a su parada bajó y yo tras él. Advertí que andaba acompañado. Sudaba ligeramente, sus ojos trataban de decirme algo que no comprendí. Era un aviso, algo así como cuidado, no te acerques. Su compañía nada tenía que ver con él. Vestía diferente, era muy mayor. Pensé en un familiar.

A los dos meses coincidimos en las rocas del Tritón. Ambos estábamos solos. Recuerdo por esa época poner punto final a una relación de dos años que me había aportado muy poco en lo espiritual. Fue una sorpresa volvérmelo a tropezar, ya ni me acordaba de su cara. Después del devaneo con las miradas y los primeros recursos para aproximarnos, nos dimos cuenta que nos conocíamos de alguna parte. Fue él quien se acordó primero. Rememoramos la aventura, nos reímos y convenimos en el gusto por lo prohibido, esa satisfacción que encierra el temor de ser descubiertos. Conversamos miles de cosas, llegamos a un plano de franca identificación, al punto de terminar masturbándonos en el agua. A él le encantaba Venir al mar justo a la hora en que se ponía el sol. El litoral está ausente de bañistas y el agua es caliente. Además, en el instante en que desaparece el sol un rayo verde se ve en el horizonte. Esto nos traerá salud y buena suerte. Aquella tarde no logramos ver el rayo. Nos habíamos entretenido demasiado.

Caminan hasta el saliente de avenida con ojos borrachos de ternura, bajo el farol, la noche y los insectos. Los brazos enlazados, serenados por el rocío y el mutis de la ciudad. Pasos que no van a ningún lugar viajan por el placer de avanzar unidos, entregados a las caricias de unas horas antes que amanezca. La mano roza la nuca y aprieta suave esta parte en la que el cabello se enreda y cede por la presión de los dedos. El cuello se hace a un lado, al otro; sensación inenarrable; los estimula y punto. Se han parado y se miran nuevamente. Los ojos desnudan cada tramo de piel. Los poros se expanden, escapan los primeros olores, el deseo es manifiesto. Allí están los labios, húmedos, entreabiertos, con deseos de tocarse. Van al encuentro. Una distancia, la prudencia y vuelven a mirar la carnosidad y el aliento entre dientes. Amaga un beso, retrocede. Una vez más a punto de juntarse y se resisten. Ojos, labios, dientes. No pueden aguantarse. El labio superior vence y registra sin control la boca. Cuela adentro la lengua, repasa toda la empalizada, sustituyendo la intención del cepillo. Atrapa a la otra lengua y se la roba de forma violenta, succiona hasta dejarlo pendiente de un hilo, como quien pretende tragársela de una vez. Permanecen de esta forma todo el rato que demora la sed. No hay mirones. Las bocas comunican lo que sienten, en su interior el movimiento acentúa los nervios. Los labios están hinchados por el desafuero. Los cuerpos no se pegan; han quedado en una fusión permanente.

Éste es el tipo de beso que solía llamar "tumba empaste". Con aquellos halones, no digo yo, te sacaba hasta las muelas. Le fascinaba. Fuimos amigos, muy amigos. Al principio me mintió sobre el lugar donde paraba. Solamente nos veíamos los fines de

semana, me decía que era profesor en una escuela de Artemisa. No tengo que anunciarme con todo el que me tropiece; sé hasta dónde puedo llegar. Las cosas iban bien; pero notaba algunos reparos a la hora de intimar. Se cohibía de algunas cosas y esto me desagradaba porque no respondía a su personalidad. Lo que más me atraía era su desenfado. Durante el primer mes sólo nos limitamos a profanarnos en la calle. El día en que nos desnudamos habló claro. Había esperado mucho tiempo y no sabía cómo encarar la situación. Temía, como es lógico, ser rechazado. Por otra parte, había conseguido que lo amara, al menos olvidar a mi pareja anterior. A media voz me dijo que ambos éramos responsables. Callé el problema, en primer lugar por desagradable; luego porque no lo creí necesario hasta el momento. Avanzar en el sexo era un riesgo, por eso tenía que ser una decisión de ambos. En aquel momento sentí deseos de ahogarlo con mis manos; me hice la idea que se mostraba cínicamente. Sólo había empeñado unas caricias. Cuando traté de levantarme, observé mi pantalón enrollado en el suelo, con su pulóver.

Después de un año le quitaron la posibilidad de salir sin acompañante por haber admitido mantener una relación con una persona sana. A mí me localizaron y prácticamente me obligaron a un chequeo sistemático. Es por tu bien, me decían. Esto no dio al traste con nuestro amor; sólo varió la forma de los encuentros. Nos veíamos una vez a la semana, haciendo mil maromas para burlar a los custodios. El acompañante sentado en la sala de su casa y yo entrando y saliendo por la ventana del cuarto. A veces echaba somníferos en el té del vigilante para facilitar las cosas. Cuando iba a la playa nos procurábamos en el agua a la vista del custodio, pero a muchos metros de la costa. Esta forma de concebir el amor no dejaba de ser excitante. En alguna oportunidad se escapaba y yo ponía el grito en el cielo. Si lo sorprendían fugado no la pasaría bien. Casi siempre lo hacía después que le negaban el permiso de salida.

Nuestra relación fue difícil. Pero la mantuve por una razón: soy libre de enamorarme de quien me dé la gana; por ello no condeno mi vida. Asumo la responsabilidad que encierra todos los riesgos. Mi vida a su lado me cambió notablemente. Hay cosas que están muy por encima de los prejuicios y los miedos. ¿Quién resulta más confiable: un seropositivo o un sero desconocido?

Lo más triste fue ser testigo de su desgaste. Era el postre de la pasión. Mi historia es una expresión mayúscula de erotismo, una secuencia limitada de actos sexuales. Voy a morir conforme a mi historia. Por ello debo ser digno hasta el final. Fueron días de confesiones. Conocí toda la parte innoble que la gente no dice. Luego comprendí que se hacía un ajuste de cuentas. No hay remedio cuando tienes una pequeña en la mano, pero prefiero las vergas grandes. Caballo grande... Una noche se empató con dos reclutas cerca de la Ciudad Deportiva. No sabía por cuál decidirse. Los llevó a un lugar discreto y les dijo: armamento afuera. Tras comprobar el alcance de los rifles, no tuvo duda alguna. Tuvo aventuras en malezas, escaleras, trenes, hasta en el baño de un avión. En ocasiones, era más íntimo. Cuando descubrí el disgusto en la cara de uno de mis amantes fortuitos al contemplar su miembro manchado, decidí aclararle que mi culo no echaba flores;

en ese caso, estuviera en la vitrina de un museo.

Vivió con la muerte en su regazo. Cualquiera se muere de un infarto, un accidente; pero esas cosas no están programadas. Cada nueva pulmonía era un aviso. Veíase mitad vivo, mitad difunto. Entonces me habla de la muerte como un pariente, alguien que lo visitaba a menudo. No establecía diferencias entre la realidad y el sueño. Trató de acostumbrarse a la idea de no estar, de no ser imprescindible. Ya puedes buscarte otro amigo; por suerte no hemos firmado ningún papel. Protégete. En su última semana sólo se alzó un poco de la cama. Aprovechando la soledad en que habíamos quedado me instó a masturbarme en su presencia. Me miraba extasiado. Cuando terminé recibió mi esperma en su mano. Cerró los ojos y murmuró: si pudiera morir con un rabo en la boca.

Te he contado una historia que tal vez ni te importe. Soy un tonto; precisamente en la noche de nuestro encuentro. Ya no sé si querrás volver a verme. La mano acaricia el cabello; el índice se desliza hasta la punta de la nariz. La otra cara siente la indecisión como cuchillo y no saber dar una respuesta sin que parezca una disculpa. Cree que es bueno oír cosas sobre el peligro de devorarse unos a otros; pero no deja de estremecerse. No es la primera vez que oye hablar sobre la tragedia, pero nunca en un momento tan inapropiado. Piensa en correr y confinarse en un convento de monjes o aguantarse las ganas hasta que llegue alguna salvación. Está a punto de huir de sí mismo, casi lo logra cuando comprende la estupidez de su estampida. Otra vez la vida. La historia de tu amigo no es la única; hay muchas flotando. En verdad, tu amigo no se ha ido.

Aprietan los hombros. Las voces se han mezclado con el desasosiego. Ambos terminan, increíblemente aceptando la realidad y la pregunta queda pendiente de respuesta. ¿Dejaremos de hacer el amor? Silencio. Regresar a casa, no concebir otras citas, desentenderse del mundo, es una salida. Permanecer unidos, quietos en la amenaza, ordenan las ideas. Mirar a un punto indefinido, inalcanzable, les ayuda a confundirse con la bruma de la noche: la solución está en sus manos pero no desean cargar con la responsabilidad del siglo. En el pecho hay un nudo que se va soltando. Gracias a sus ojos, encontrados nuevamente, no pasa un rato largo para hacer coincidir los ánimos. El temor le salta sobre el pecho pero los labios van a tocarse, ya se rozan, responder a una fuerza interior no programada. Quieren ceder, hay gusto en ello.

La luz de un auto recorta las figuras sobre el fondo negro. Por la acera de enfrente se desplaza un trasnochado. En estos casos, la razón se da a la fuga. Han quedado como protagonistas de la maníagua, el coro de grillos se ha apagado. La posesión en plena ciudad una vez más es un reto a la patrulla.

Los cuerpos se frotan, las telas húmedas molestan sobre la piel y esta aplaude la libido. Semidesnudos, pegajosos, nocturnos, huelen fuertemente a monte, sudor, hierba. Una mano va hasta la cintura, la oprime suave y fuerte. El brazo rodea el envoltorio de carne. Parece murmurar: es mía. La entrega es completa, de abandono. Besos posados en el cuello, calientes, enérgicos, dejan una coloración imprecisa por la oscuridad del momento. Los dientes muestran las encías. La boca se abre, ataca sobre el hom-

bro. Baja por la configuración del brazo y muerde sin misericordias. El dolor no cuenta. La piel resiste los embates; los poros transpiran el sudor. Sobre la ciudad dos cuerpos fundidos. No hay pausas, es una maraña que sube y baja por toda la piel. La camiseta por fin gana la tierra, el cinto deja de apretar, una mano apura la portañuela. Libre, alguien quiere ser libre. El zipper no abre con la rapidez que el desenfreno clama y otra mano ayuda con la técnica de quien conoce su propiedad. El bulto de un momento bajo la estrechez del pitusa está fuera, dispuesto al retozo, humedecido por la sabia transparencia destilada por el fuego. El sexo, con puntuales contracciones, ostenta su esplendor. Erguido exige que le froten. La misma mano va por el consuelo, satisfecha, dispuesta a brindar protección, caricia. Se pasea como en una calle. Los cinco dedos rodean el cilindro, repiten tiempos, sin monotonía, con placer: atrás, al frente. Llegan al entronque de la pelvis y vuelven. Una ceremonia convertida en epopeya. Cada instante es único aunque se repita cien veces. El cosquilleo le sube por la bolsa y juega con el sexo; el vientre se flexiona cambiando de flora; aumenta la expansión del pecho, el cuello atrás, la boca exhala los suspiros del rostro y los ojos se pierden con los párpados que no saben si abrirse o permanecer cerrados. La comisura de unos labios se acerca con lentitud agobiante. Sabe que agrada y no se apura. El regodeo habla de la impaciencia. Resbala por el tórax y se entretiene un rato. Avanza. Está bordeando el ombligo donde los vellos aumentan su tamaño. Sudoraciones, el sexo anda cerca, lo cubre todo el monte, es un sable en medio de la espesura. La boca frente a él ha llegado y vacila. Milímetros, segundos, el tiempo y el espacio confundidos. La lascivia no es un vicio, sino la energía expulsada por los sentidos. Traga la primera parte, saborea las repeticiones. Una, dos. Es el mejor alimento. Cuatro, cinco. La garganta está siendo poseída; quiere dominar toda la grandeza del músculo. Siete, ocho. El glande, muy excitado, se oprime contra las paredes. Desea rendirse, entregar lo que puja por salir afuera. Se aguanta. No puede correrse ahora. Hay desespero, impaciencia. El cosquilleo es inevitable. La pelvis vuelve contra la boca. Traga. Nuevas repeticiones. Se atora. Nueve, diez. La felicidad.

Nota:

- 1 Víctor Fowler: "Homosexualidad y construcción de la Nación", La Gaceta de Cuba, 1998, pág. 6.